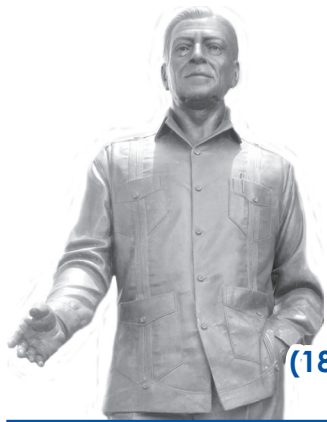




Un velorio científico

(18 de diciembre de 1955)

PLAZA CULTURAL DE
DIARIO DE COLIMA

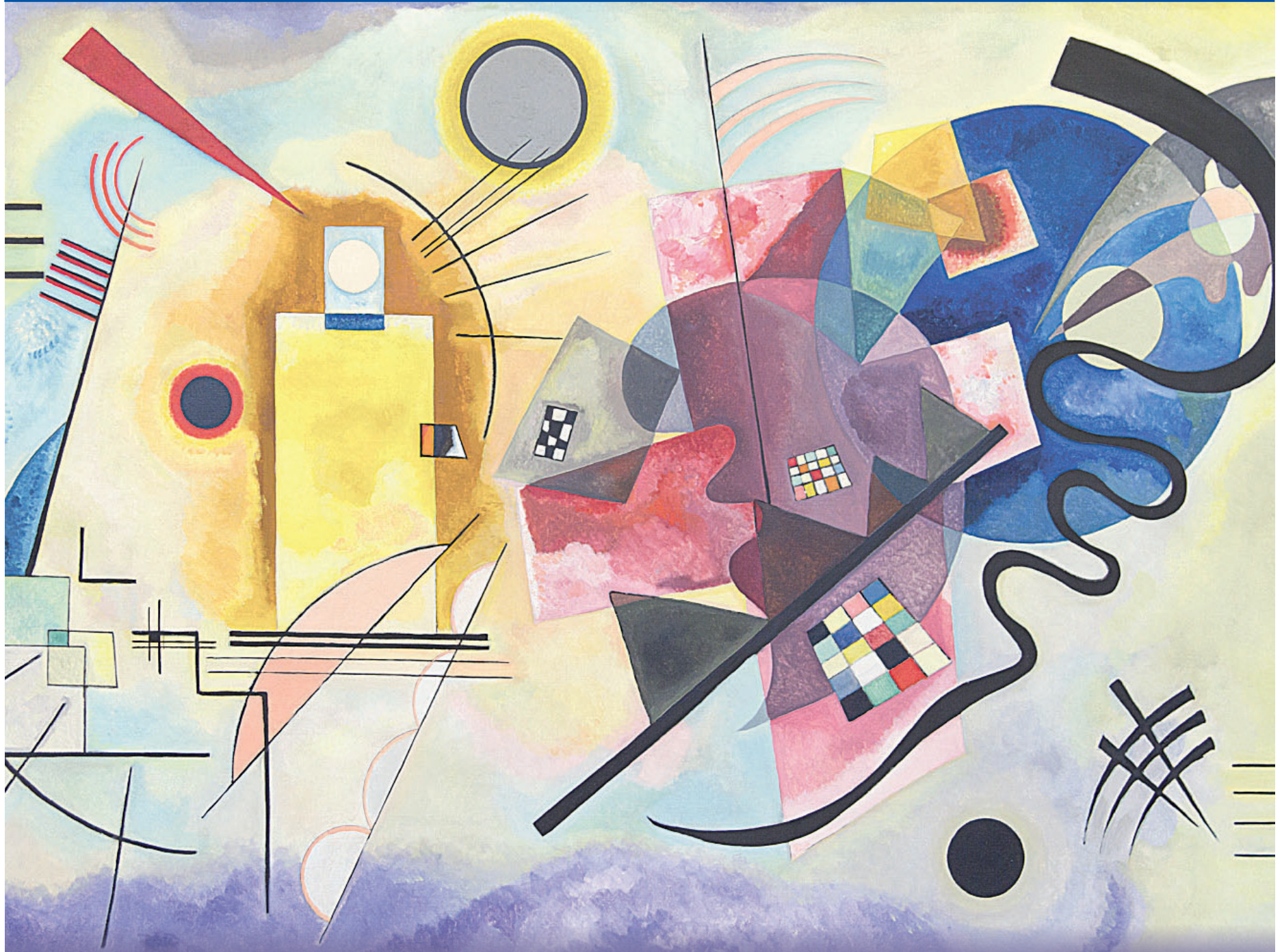


Ágora

VIÑETAS DE LA PROVINCIA ► 4

2577

DOMINGO 19 DE ENERO DE 2020



ESCRIBEN: Miguel León, Zeydel Bernal, Raúl García, Eréndira Cortés, José Lomelí, David Huerta, Leopoldo Barragán, Felipe Coria, Herles Velasco y Carlos Caco Ceballos.

True story

Zeydel Bernal

Cada vez que veo enamorados
pido a dios conserven su amor.
Porque eso que tienen es una esperanza,
luz que alumbra aún a los ajenos.

Autoexclusión

Raúl García

*En la amistad, como en todo, es el comienzo lo que nos
da la sensación de lo imprevisto y de lo único. Lo que
viene luego no vale nunca la intensidad de los comienzos.
¿No sería mejor desaparecer sin dejar huellas?*

E. Cioran.

No es triste, pero dejaste de ser refugio para el solitario desdichado y decidiste cambiar la luz solar de la individualidad por un negro colectivismo rancio de siniestros, cuya única bandera debería ser la de la ingenuidad. Dime, ¿dónde quedó aquella barra de unos cuantos beodos/as que, sentados o parados, hundían sus codos en ese largo trozo de madera vieja, humedecida y opaca, a la vez que, de cuando en cuando, hundían los tarros de cerveza en su garganta, vertiendo todo el líquido áureo en sus barrigas para después —siempre y cuando el cuerpo aún lo permitiese—, continuar en esa especie de ritual cuyo objetivo es el crepúsculo del pensamiento?

Recuerdo bien a aquellas siluetas tristes, oscilantes, que tu oscuridad dejaba abrazar. Y de pronto, como en un súbito escurrimiento de espuma, palabras, sonrisas, carcajadas, bocanadas de humo, melomanía, diálogos queriendo mantener cierta estabilidad racional, camaradería, nostalgias, dolores ahogados ya, chistes, ¡humor! ¡Exacto!, ¡sentido del humor! Daba la impresión, entonces, de que el humor y la risa eran la expresión cínica de una fatalidad aceptada, de una agonía inmaculada en un encuentro fortuito no imaginable.

Y ahí estaba bien y se estaba bien. Pocos lo recuerdan pero, en su momento, fue el lugar icónico de la melancolía. Luego, la felicidad frívola, el ruido, la furia, el “espíritu tribal”, los modernos. Muchos lo han olvidado pero, en su principio, quienes la constituyeron fueron tipos/as que en calidad de solitarios/as llegaron y en esa misma se fueron; concluyendo que, el error del pensamiento moderno es creer que todo lo nuevo es mejor que lo anterior. ¡Pero ya se perdió y ya ni modo! Sólo unos cuantos entendieron que, a lo que agoniza y sufre, hay que darle muerte rápida.

Aunque siluetas difuminadas y melancólicas, que quede claro: el cometido nunca fue sufrir. Se fue y se sigue siendo tristemente feliz, es una condición intrínseca que no se agota; una fatalidad, como la de la conciencia, plenamente aceptada.

Y así, a lo fue espacio de convivencia taciturna y compañera de nocturnos e infinitos desasosiegos, libre, por aquel entonces, de ideólogos e ideólogas, no queda más que decir: Adiós; vamos todos, caminando o corriendo, al mismo destino fatídico de la existencia. ¡Todo está condenado a perecer! Ni la melancolía, paisaje suave y crepuscular, mirada de un cuadro hermoso y sublimemente triste, sobrevive.

Esta casa

Miguel Ángel León Govea

Esta casa habla bien,
piensa bien,
actúa como habitación del alma.

Tiene ventanas amplias
para que entre y salga
luz,
el viento,
la filosofía.

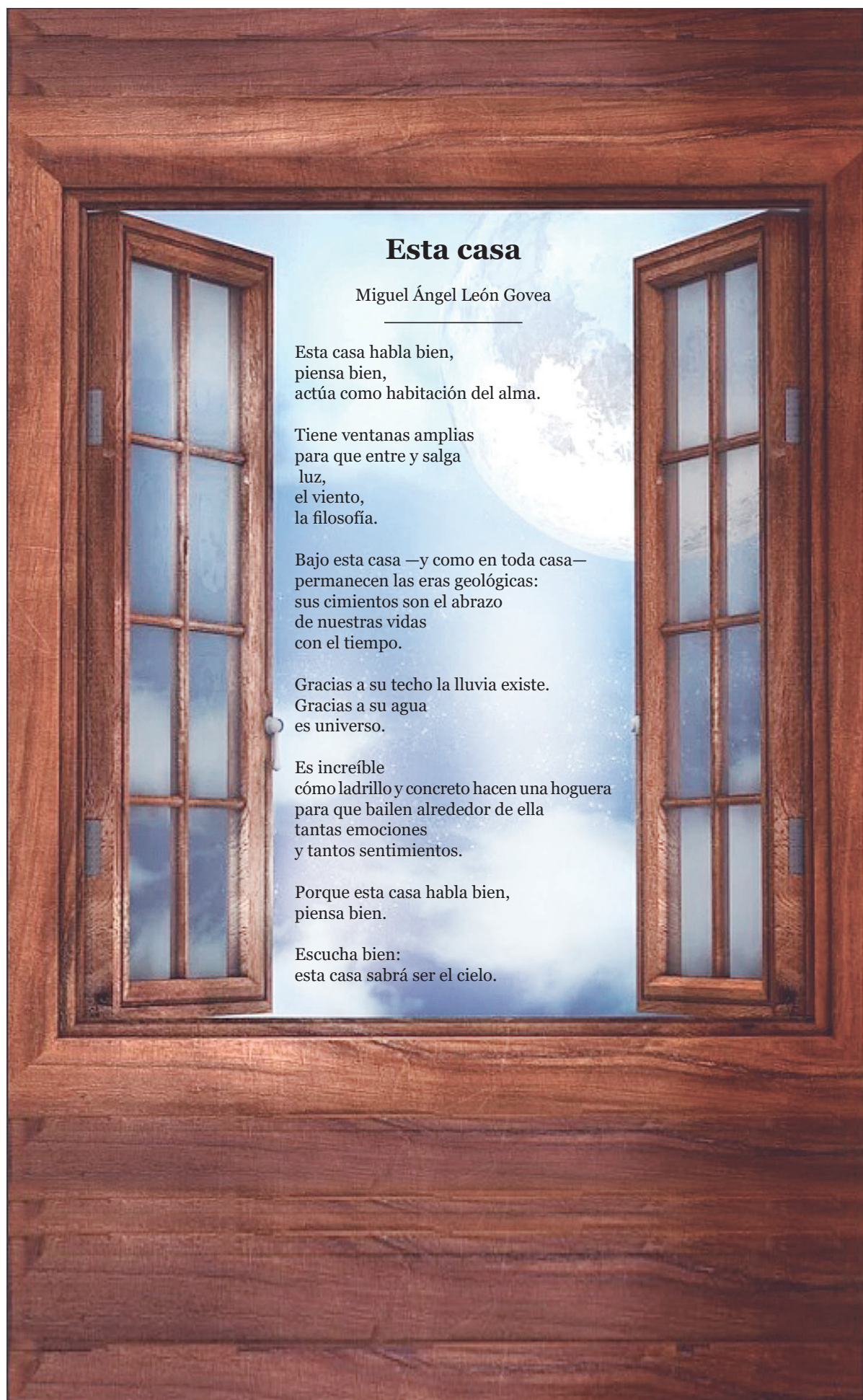
Bajo esta casa —y como en toda casa—
permanecen las eras geológicas:
sus cimientos son el abrazo
de nuestras vidas
con el tiempo.

Gracias a su techo la lluvia existe.
Gracias a su agua
es universo.

Es increíble
cómo ladrillo y concreto hacen una hoguera
para que bailen alrededor de ella
tantas emociones
y tantos sentimientos.

Porque esta casa habla bien,
piensa bien.

Escucha bien:
esta casa sabrá ser el cielo.



Rugidos Literarios

Un terror más allá de toda crítica

José María Lomelí Pérez

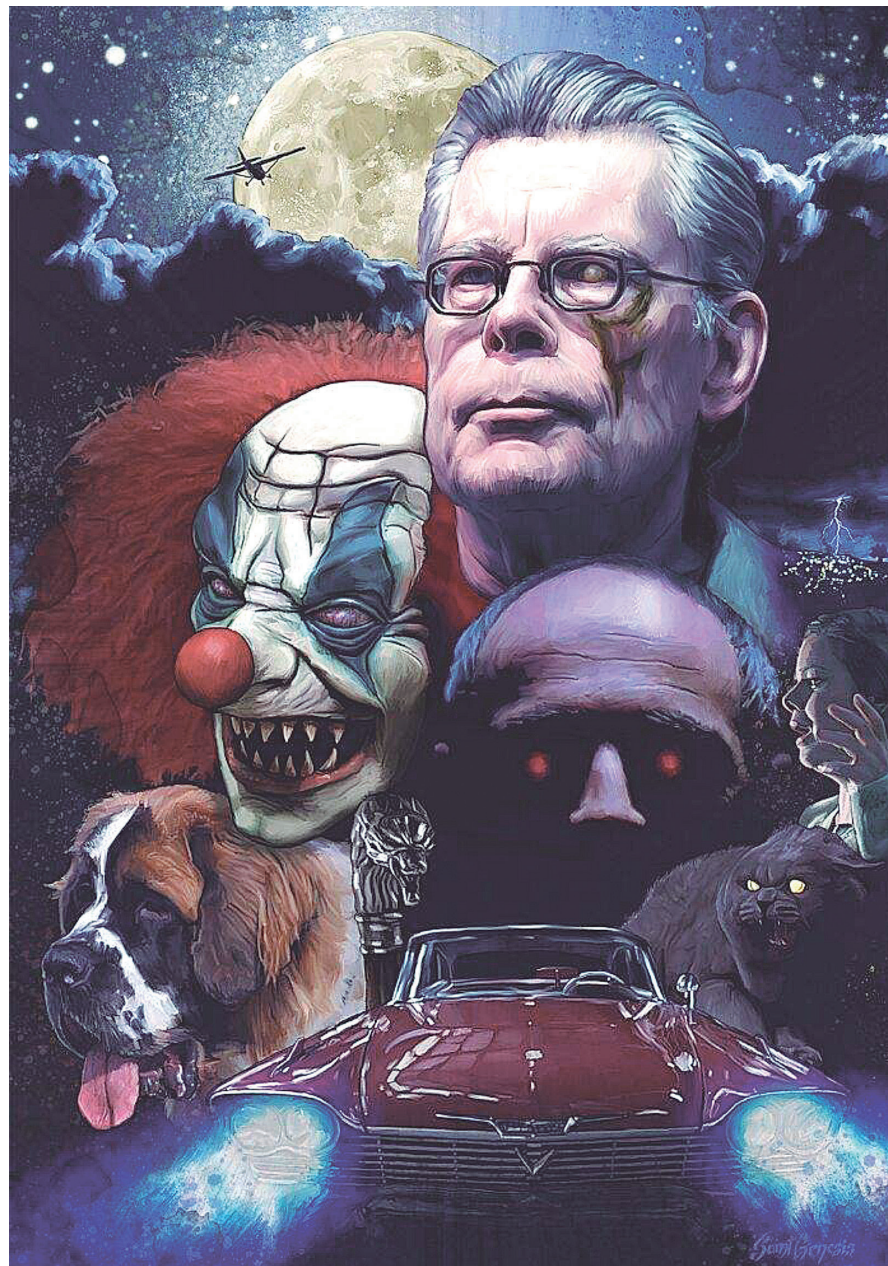
Siempre he pensado que el éxito literario es un arma de dos filos, pues, aunque representa la justa remuneración de largas horas de trabajo, no pocas veces suele ir acompañado del menosprecio de “selectos círculos intelectuales”, quienes dan por sentado un contenido pobre y falto de estilo, sacrificado en aras de la explotación de una fórmula efectista. Lo peor ocurre cuando el autor de dicho éxito recurre al género fantástico, de terror, suspenso o ciencia ficción, ya que para muchas mentalidades *realistas* éstos se tratan únicamente de géneros menores, prosaicos, poco serios, ciertamente carentes de esfuerzo intelectual. Y es que, para estos puristas del lenguaje escrito, la sola idea de un autor reconocido, dignamente recompensado (por no decir millonario, en el mejor de los casos), cuyo nombre escrito en una portada es sinónimo de ventas, no corresponde a su concepción del escritor con mayúsculas: ignorado, incomprendido, fuera de los reflectores, prácticamente marginado; aquel que a duras penas publica un libro cada dos años, cobrando una miseria, aspirando sólo al reconocimiento *post mortem*, cuando un nuevo grupo de lectores selectos redescubra y reivindique su olvidado trabajo.

Con una obra que supera los 70 títulos (entre los cuales se cuentan novelas, relatos, ensayo literario, guion) y más de 47 adaptaciones cinematográficas, Stephen King está muy lejos de cuadrar con los estándares antes mencionados, lo cual sin duda lo convierte en uno de esos escritores muchas veces desdeñados por la crítica. Consciente de ello, y en parte aconsejado por su editor, publicó siete de sus primeros libros bajo el seudónimo de *Richard Bachman*, con el fin de evitar que su nombre (publicado en más de un libro) invadiera los escaparates literarios durante un mismo año. Recordemos que hablamos de un hombre cuya precisa rutina de trabajo, la cual sólo interrumpe cada 4 de julio, durante sus cumpleaños y en Navidad, lo ha llevado a producir alrededor de libro y medio por año.

Sin embargo, el mismo King parece no tomarse muy en serio ni a él mismo, en su faceta de escritor (“Nací destinado a escribir novelas de género [explica]. Pero nunca me tracé un plan concreto... Dejo que la gente me ponga la etiqueta que más le gusta –suspense para unos; terror para otros–... yo me veo como un narrador de historias. Exporto pequeñas experiencias de EU. En definitiva, soy la versión literaria de los McDonald’s), ni a los críticos más recalcitrantes de su obra (“Cuando leo una crítica muy negativa, me callo la boca para que el crítico no sepa que lloriqueo. Pero siempre las leo porque quiero aprender, y cuando una crítica está bien hecha, te ayuda a saber lo que hiciste mal... En todo caso la mejor réplica a una crítica la hizo un músico del XIX cuya ópera fue demolida. Le escribí una carta al crítico diciendo: ‘Estoy en la habitación más pequeña de mi casa. Tengo su crítica delante, y muy pronto la tendré detrás’”). Tal franqueza y desenfadado sentido del humor son algunos de sus aspectos más representativos.

Particularmente he de decir que pocos como King han logrado provocarme tal miedo y angustia al momento de leer páginas específicas de sus textos o al ver determinadas escenas de algunas adaptaciones filmáticas de sus novelas, por la crudeza del horror que contienen. Y ese es en mi opinión el objetivo del escritor: despertar emociones, mover sentimientos, jugar con el lector; arrancar una lágrima, un grito o una carcajada. Lo cual desde luego lo consigue echando mano de su extraordinaria capacidad descriptiva y su regodeo en lo grotesco y lo brutal.

El haber sido galardonado en 2003 con el prestigioso National Book Award despertó de nueva cuenta la polémica entre los círculos literarios más elitistas de los Estados Unidos. Pero más allá de premios y críticas, para sus fans está muy claro desde hace años que Stephen King no sólo es el rey del terror de nuestros tiempos, digno heredero de la tradición literaria de terror y suspenso estadounidense, iniciada por Edgar Allan Poe en el siglo XIX y reinventada por Lovecraft y su horror cósmico tiempo después, pasando por Ambrose Bierce y Shirley Jackson, entre otros, sino también el ejemplo del hombre que fluye con su arte, recordándonos con cada libro que: *Cuando encuentras algo en lo que eres realmente talentoso, haces esa cosa hasta que tus dedos sangren o tus ojos salgan expulsados de tu cabeza.*



Más allá de premios y críticas, para sus fans está muy claro desde hace años que Stephen King no sólo es el rey del terror de nuestros tiempos, digno heredero de la tradición literaria de terror y suspenso estadounidense, iniciada por Edgar Allan Poe en el siglo XIX y reinventada por Lovecraft, sino también el ejemplo del hombre que fluye con su arte.



VIÑETAS DE LA PROVINCIA

Un velorio científico

Don Manuel Sánchez Silva

(18 de diciembre de 1955)

En 1920 era don Pancho Ramos una de las figuras más pintorescas de Colima. Tendría por esa época unos 55 años, de mediana estatura y facciones regulares, donde los ojos enrojecidos delataban su afición a las bebidas espirituosas y el poblado bigote entrecano ponía una nota caballeresca.

Era afecto a vestirse de blanco; usaba bastón y sombrero de paja y calzaba choclos, ajustados mediante agujetas de grueso listón de seda, rematado en grandes moños de cuatro puntas. Sus amigos le decían *El Bello* y por este apodo se le llamaba en todas partes.

No se le conoció nunca profesión fija. Ejercía la bohemia y tal vez, por ocuparse de algo, se dedicó al hipnotismo. Tomó cursos por correspondencia y se hizo de una bola de cristal iridiscente, de la cual se servía para fijar la atención óptica de sus pacientes en sus misteriosos experimentos.

Una vez asistió don Pancho al velorio de un familiar de su amigo don Leonardo Fuentes, propietario de un pequeño comercio establecido en la esquina formada por las calles Guerrero y Artes, hoy Álvaro Obregón.

Al filo de las 2 de la mañana, en que los concurrentes ya escaseaban y los deudos distribuían con mayor frecuencia humeantes tazas de café con “piquete”, como estímulo para asegurar la permanencia de los pocos amigos que aún resistían, don Pancho empezó a ponderar sus éxitos de hipnotizador. El interés de la conversación hizo que sus oyentes acercaran sus sillas, estrechando el coro. En medio de la pieza, el difunto quedó

bien pronto abandonado a su propia inmovilidad.

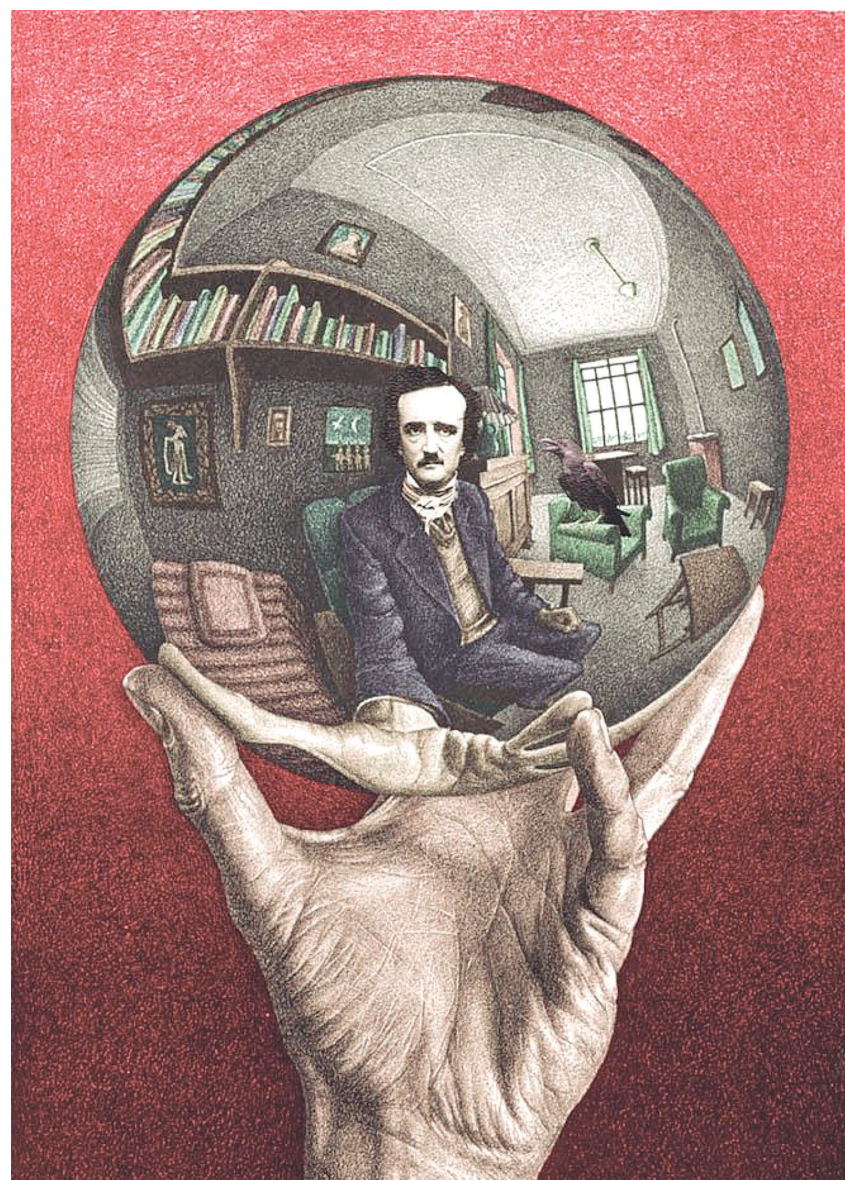
Entre las personas que con mayor interés escuchaban a Pancho, figuraban dos hermanas originarias de Villa de Álvarez, que se sentían fascinadas por aquellos términos nunca antes oídos de “magnetismo personal”, “yo subjetivo”, “sujeto experimental” y otras cosas por el estilo, con que el encafetado conferencista mantenía insomnes a sus oyentes.

Una de las hermanas se atrevió a manifestar que siempre había tenido el deseo de ser hipnotizada, ofreciéndose para el caso de que don Pancho quisiera experimentar en ella su ciencia. Don Pancho no podía negarse a esa oportunidad ni los concurrentes lo hubieran permitido. Se levantó de su asiento, sacó de su bolsa la bola mágica, fijó la postura de la víctima espontánea y le colocó la esfera frente a su vista, mientras que con la otra mano describía pases magnéticos al mismo tiempo que ordenaba:

—Duerme, yo te mando que duermas, tienes mucho sueño.

Y la muchacha se durmió, aunque nadie pudo saber a ciencia cierta si fue debido al poder hipnótico de don Pancho o a la fatiga de la desvelada. Lo cierto es que no dio respuesta alguna a las insistentes preguntas de don Pancho sobre la existencia de posibles tesoros enterrados en la casa del velorio, y que costó un verdadero triunfo despertarla, cuando los cirios del difunto empezaron a palidecer por la luz de la mañana y se impuso la despedida.

* Periodista, escritor y fundador de *Diario de Colima*. †



Sacó de su bolsa la bola mágica, fijó la postura de la víctima espontánea y le colocó la esfera frente a su vista, mientras que con la otra mano describía pases magnéticos al mismo tiempo que ordenaba: —Duerme, yo te mando que duermas, tienes mucho sueño.



Hasta los tímpanos

Recibes lo que das

Eréndira Cortés

1999 parecía un año prometedor. A escasos meses del nuevo milenio esperábamos la llegada del futuro, adiestrados por imágenes cinematográficas que auguraban carros voladores, viajes espaciales y demás avances tecnológicos para nada acordes con la realidad, ni con el aprovechamiento de nuestra capacidad mental.

Pero ahí estábamos, esperanzados por esa nueva fecha, y ahí estaba yo con mis anhelos adolescentes creyéndome el cuento, gracias a las alusiones televisivas, la moda o los videoclips empeñados en mostrar un aspecto vanguardista; incluso, algunos grupos se decantaban por sonidos más electrónicos, mientras otros daban a sus notas un toque entre nostalgia e ilusión.

Entre todo aquello también había incertidumbre, miedos, frustraciones, así como crisis sociales que ni siquiera podíamos dimensionar. Cada quién resistía a su manera. En ese entonces pasé por una separación incierta y un cambio de ciudad. Los días implicaban retos como hacer nuevos amigos, guardar secretos, enfrentar ausencias, adaptarme tanto al entorno como a mi desarrollo físico.

Fue un año de inestabilidades e inseguridades que, nunca imaginé, serían mi fortaleza en la actualidad.

Por suerte, como para muchos jóvenes, mi refugio fue la música. Mis gustos eran indefinidos, gran parte heredados, recién comenzaban a despuntar entre lo propio y lo ajeno al cantar-me por sonidos que me llegaran al corazón, sin

importar si eran o no pegajosos *hits* de la radio.

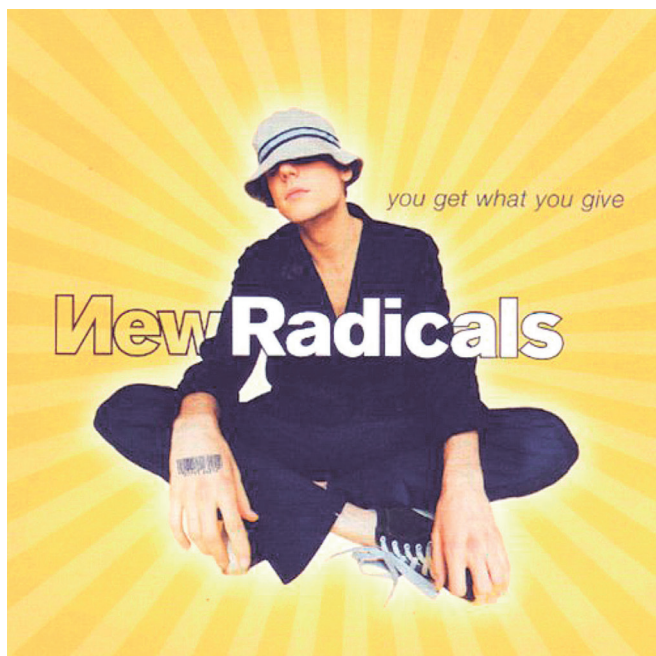
Probablemente por ese medio escuché aquella canción tan famosa de los New radicals, nombre desconocido para mí, al igual que el significado de sus estrofas. La recuerdo en las fiestas escolares, los cumpleaños, o por las tardes cuando la transmitía mi estación favorita. La coreaba a medias, sin pronunciación, apenas rozaba las palabras, pero me provocaba una tremenda sensación de alegría, confianza y ganas de seguir.

Uno nunca sabrá el motor que impulsa una composición, su mensaje puede ser interpretado al antojo

del escucha para su propia conveniencia. Quizá *You get what you give*, tenía intenciones muy distintas. La escribió Gregg Alexander a sus 28 años un día cualquiera, ignorando el impacto que causaría por lo menos en unos cuantos oyentes.

Su voz denota entusiasmo y hartazgo a la vez, con una reverberación intencional de nostalgia que, sin darme cuenta, me susurraba al oído “estarás bien... sigue tu corazón... el mundo va a recuperarse... no te rindas... tienes una razón para vivir... solamente recibes lo que das”.

Finalmente llegó el tan esperado siglo, no fue el Apocalipsis, acaso el principio del fin. Pese al éxito los New radicals no resistieron más allá del segundo sencillo. En mi caso logré sobrevivir ese lapso de adolescencias y aunque no maduré del todo, cuando la canto —ahora sí de *pe a pa*—, no me queda duda que cada experiencia fue hecha a mi medida.



Su voz denota entusiasmo y hartazgo a la vez, con una reverberación intencional de nostalgia que, sin darme cuenta, me susurraba al oído “estarás bien... sigue tu corazón... el mundo va a recuperarse... no te rindas... tienes una razón para vivir... solamente recibes lo que das”.



Cinegrafías

Un mural sobre la guerra

José Felipe Coria

¿Cómo son las obras maestras cinematográficas? Cada elemento (dirección, actuación, fotografía, argumento) debe contener armonía. Nada puede sobresalir. El público nunca percibiría cómo se pasa de un corte a otro. Debe sentir que ve una mezcla de arte y entretenimiento.

Entre lo poco digno de mención en los sobrevalorados Globos de Oro (que para esconder la injusticia de ningunear al menos un par de directoras, salieron con la payasada que el menú de la noche sería “vegano”; ¿quieren ser políticamente correctos?, inauguren la categoría de mejor directora), estuvo que Sam Mendes obtuvo merecidamente el premio de dirección por el notable filme *1917*.

La anécdota para éste, su octavo largometraje, escrito por él y Krysty Wilson-Cairns, es sencilla: dos jóvenes soldados, Schofield (George MacKay) y Blake (Dean-Charles Chapman), tienen que cumplir una misión suicida, contra reloj: cruzar líneas enemigas, un verdadero infierno de lodo, sangre, muerte, y evitar la matanza de mil 600 hombres.

Mendes hace un mural en constante movimiento sobre qué significa el sentido de la responsabilidad en la guerra, cómo ésta afecta al hombre y los rasgos de humanidad que surgen en el límite de las fuerzas, valentía y miedo.

Con ello consigue una producción planteada como ejercicio de tensión, convirtiendo al espectador en testigo y acompañante por trincheras y horrores de la Primera Guerra Mundial, que se creía acabaría con todas las guerras. Fue otro episodio de espanto.

Mendes hace una de las direcciones más audaces de los últimos tiempos. No toma el camino fácil, sino que reinventa un género con realismo magníficamente fotografiado por Roger Deakins. Recupera con ello la calidad pictórica que demostró en *Camino a la perdición* (2002).

La edición hecha en cámara y ajustada a la perfección por Lee Smith, está al servicio de una narración que fluye sin pausa en tiempo real; que profundiza en la psicología de los personajes abrumados por el peso del deber.

Producciones excepcionales como ésta son consecuencia del trabajo de un equipo dirigido con inspiración. Las obras maestras las hacen aquellos que se arriesgan a dejar cualquier zona de confort. Mendes logra un filme hipnótico, emocionante, fuera de serie.

En ocasiones el cine es una ciencia exacta, cuando con inteligencia y buen gusto procura hacer no un simple éxito comercial sino una cinta genial, y acierta.

Homenaje a Hegel

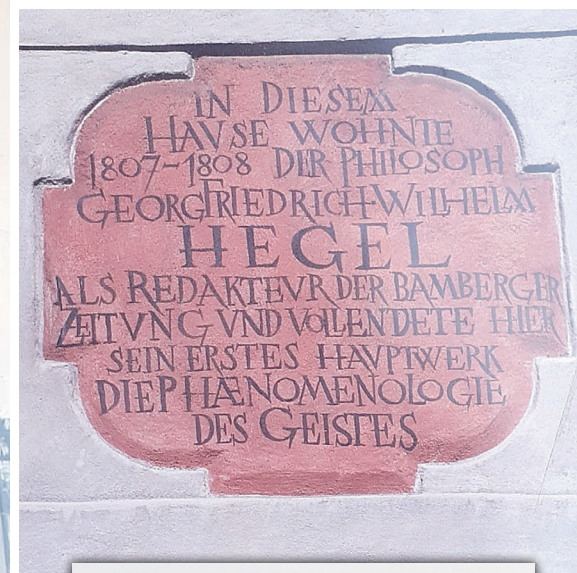
Leopoldo Barragán Maldonado

En este año que ha iniciado, una tercia de ases hará valer su importancia histórica y la trascendencia cultural de su obra en el ámbito de las humanidades: Hegel, Beethoven y Hölderlin, un filósofo, un músico y un poeta serán –de hecho lo están siendo ya– homenajeados mundialmente, en virtud de conmemorarse el 250 aniversario de sus respectivos natalicios.

En esta ocasión me solidarizo con las celebraciones festejando al filósofo Federico Hegel (1770-1831), a través de la presente galería fotográfica realizada por quien estas líneas escribe, en Stuttgart y Bamberg, Alemania; enfatizando gráficamente la coyuntura histórica de una de sus principales obras: *Fenomenología del Espíritu*.



CASA NATAL DE HEGEL
Eberhardstrasse 53, Stuttgart, Alemania.



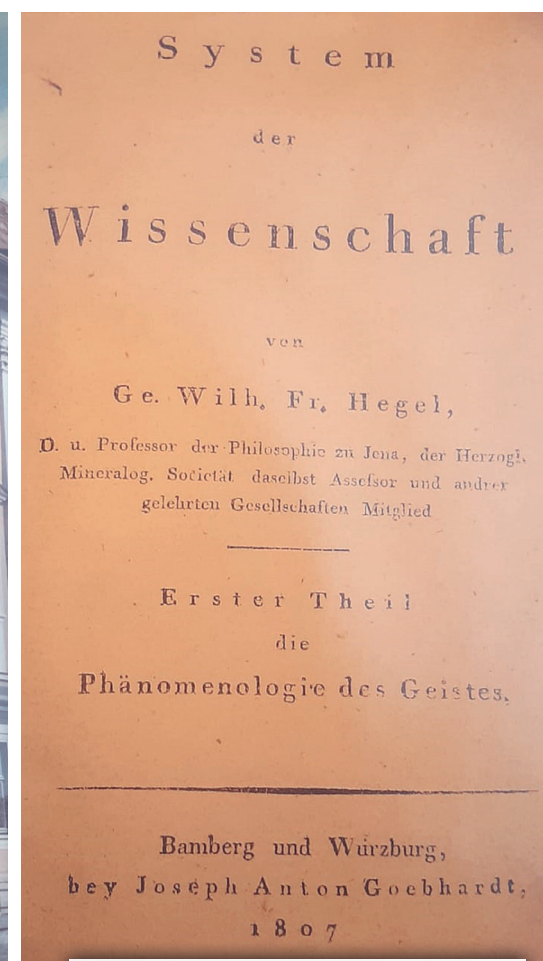
PLACA DE LA CASA EN BAMBERG

Leyenda alusiva al periodo que habitó esta casa:
“En esta casa vivió (1807-1808) el filósofo Jorge Guillermo Federico Hegel. Redactor del periódico *Bamberger*, y concluyó su primera obra principal *Fenomenología del espíritu*”.



CASA DE HEGEL EN BAMBERG

Después de la caída de Jena, Hegel se trasladó a la ciudad de Bamberg, llevando entre sus pertenencias el borrador de su manuscrito *Fenomenología del espíritu*.



PORTADA ORIGINAL DE LA OBRA FENOMENOLOGÍA DEL ESPÍRITU

Sistema de la ciencia, por J.G. F. Hegel.
Primera parte de la *Fenomenología del espíritu*.
Bamberg y Würzburg, 1807.

Libros y otras cosas

Metáforas críticas

David Huerta

Hay metáforas orgánicas y metáforas estructurales (arquitectónicas, urbanas...) de las obras literarias. El fenómeno está muy extendido y desmiente en los hechos una cierta imagen reduccionista y cerebralista de la crítica literaria: la que va a ésta como una tarea gobernada por el pensamiento riguroso y rígidamente metódico sin la menor concesión a las imaginaciones y efusiones de la fantasía; es una idea falsa pero tiene un extraño prestigio.

Veamos algunas de esas metáforas críticas. Entre las primeras —las metáforas que aluden a los organismos vivos—, hay algunas consagradas, como la del cuerpo mismo con el que, explícitamente, se compara un conjunto de textos; de ahí a destacar los fluidos o humores que los recorren hay un paso. Uno de los ejemplos más notorios de este fenómeno es el de la llamada “poesía de la sangre”. No se designa de ese modo porque tome a la sangre misma como su tema, aunque puede hacerlo, sino porque está animada (orgánica, violentamente) por una pasión que circula incesante y a veces se derrama de modo trágico, figuradamente, en los versos, para mostrar heridas y desgarraduras, casi siempre simbólicas; por eso Gerardo Deniz decía con socarronería que era difícil entender cómo a los poetas les pasaban las cosas de las que hablan y sobreviven para contarlo. En otro registro, he oído y leído críticas que dicen “a esta poesía le falta nervio”, “a la novela de Perengano le sobra hiel” o “en la médula de tal libro encontré un misterio”.

Las metáforas estructurales son diferentes. Una novela es una ciudad, digamos; el *Ulises*, de James Joyce, se confunde, célebremente, con el Dublín de 1904 y equivale a esa configuración: novela-ciudad; lo mismo ocurre con la capital argentina en el libro de Leopoldo Marechal titulado *Adán Buenosayres* y en alguna medida con el célebre *Informe sobre ciegos*, de Ernesto Sábato.

Pero la metáfora estructural que más me ha llamado la atención es la que imaginó José Gorostiza para la composición o hechura de *Muerte sin fin*, que en 2019 cumplió 80 años de publicación, como recordé en este mismo espacio.

Esa metáfora la recogió Salvador Elizondo en la conversación que sostuvo con Gorostiza al final de la vida de éste. Elizondo le preguntó al gran poeta cómo había escrito su poema de 1939; Gorostiza respondió de esta manera, palabras más o menos: “Pues verá usted, poniendo piedra sobre piedra”; por eso lo he llamado alguna vez “alarife genial”, además de darme el gusto de utilizar esa hermosa palabra de raíz árabe que tiene su equivalente en la modesta y noble palabra común “albañil”, no menos árabe que aquella, pero mucho más conocida.

Las metáforas críticas son parte constitutiva de la crítica literaria. No puede ser de otra manera. El pensamiento metafórico y el lenguaje que le corresponde forman parte del lenguaje en general, y a sus derivas no puede sustraerse ni siquiera el crítico literario más frío.

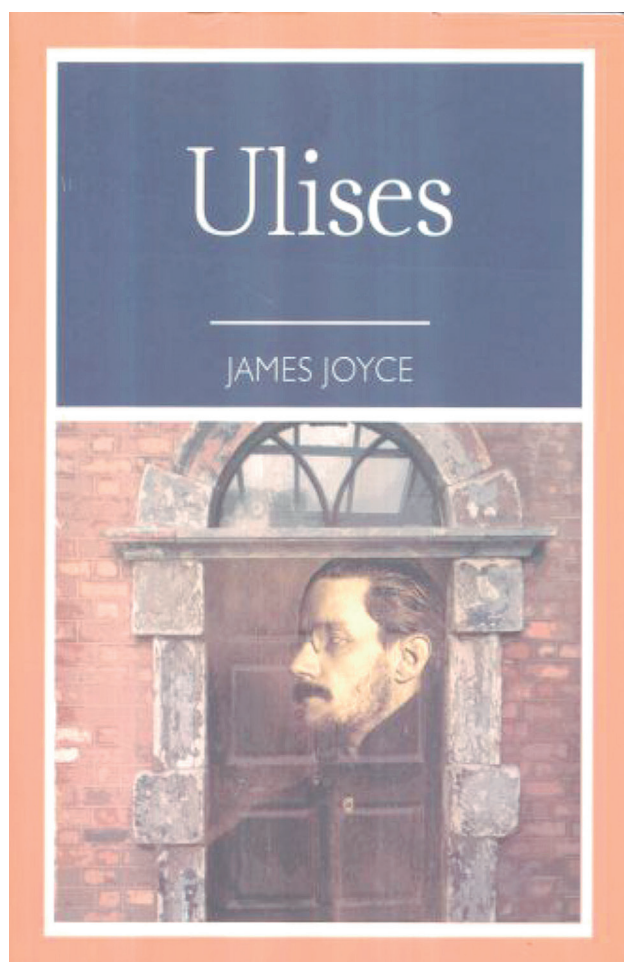

 Seix Barral

Leopoldo Marechal

Adán Buenosayres



Las metáforas estructurales son diferentes. Una novela es una ciudad, digamos: el *Ulises*, de James Joyce, se confunde, célebremente, con el Dublín de 1904 y equivale a esa configuración: novela-ciudad; lo mismo ocurre con la capital argentina en el libro de Leopoldo Marechal titulado *Adán Buenosayres* y en alguna medida con el célebre *Informe sobre ciegos*, de Ernesto Sábato. Pero la metáfora estructural que más me ha llamado la atención es la que imaginó José Gorostiza para la composición o hechura de *Muerte sin fin*, que en 2019 cumplió 80 años de publicación.



DE LEJOS Y A MI ALREDEDOR

Dos sencillos relatos

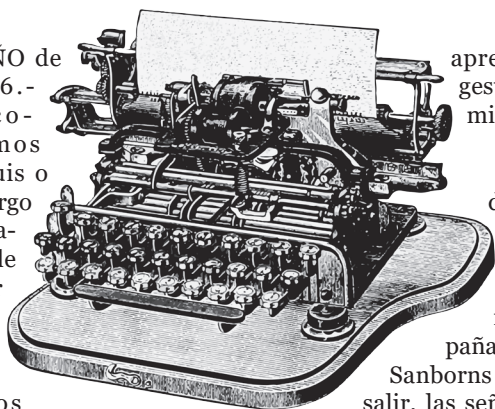
Carlos Caco Ceballos Silva

OTOÑO de 1966.-
Reco-
rrimos

todo el tianguis o baratillo a lo largo de muchas cuerdas de la calle 34 en el sector Libertad de Guadalajara. Vimos de todo y compramos monedas, baratijas, dulces y comimos unas muy sabrosas tortas ahogadas.

Al llegar al final nos regresamos, encontrándonos que los tiangueros empezaban a recoger y dismantelar sus puestos, eran alrededor de las tres de la tarde. Conforme avanzábamos, nos fuimos encontrando con espacios ya vacíos.

Precisamente en la última cuadra vimos sentados en la banqueta a un viejecito y a un niño de escasos ocho años que abrazaba a un cuervo, nos vimos y pasamos de largo. La señora me comentaba que le deba lástima verlos, que a lo mejor tenían alguna grave necesidad; seguimos caminando y hablando de lo mismo, hasta que en un momento dado nos decidimos volver sobre nuestros pasos, llegamos frente a ellos y ella les preguntó sobre el cuervo, y el viejecito, que vestía chaleco y con la cabeza blanca, parándose asintió: Lo queremos vender, es decir, necesitamos venderlo. ¿Cuánto vale? Pues no sé, es educado desde chiquito y siempre ha sido el consentido de mi nieto. ¿Le parece bien doscientos pesos? En esos momentos, mientras la señora lo tomaba en sus manos, el niño empezó a llorar; el pájaro, su mascota, su compañero, se lo iban a llevar; nos enternece, el anciano con voz trémula conminaba al niño a dejar de llorar, a la señora se le empañaron sus ojos. Entonces fue cuando saqué un billete de quinientos pesos y se lo entregué; la señora, ya llorosa, les dijo: Mira, niño, te regalo el cuervo, y el niño presto lo volvió a abrazar, y el abuelito enternecido me dio la mano,



apretándola en un gesto de agradecimiento.

*

Por el verano de 1974 visitábamos la capital, mi viejo amigo David y su señora, nos acompañaron a comer en Sanborns de Madero. Al salir, las señoras quisieron visitar y rezar en San Francisco. Entramos, nos arrodillamos. Un joven, regularmente vestido, hincado delante de nosotros rezaba con mucho recogimiento, notamos sus zapatos con sendos agujeros, deduciendo que era mucha su necesidad.

Terminando nuestros rezos, nos dispusimos a salir y fue entonces cuando David se acercó al joven y le entregó un billete de quinientos pesos, diciéndole: Tenga, debe habérsele caído; el joven se levantó, su cara triste y asombrada reflejaba desconcierto; no, señor, el billete no es mío, contestó; pues de cualquier modo tómelo, no hay nadie en el templo, así es que debe ser suyo, díjole David. Siguieron argumentando en la puerta, uno que quería entregarle el dinero y el otro obstinado en no recibirlo, y fue entonces cuando intervine: Mire, joven, lo vimos rezar con mucha devoción y recogimiento, usted es un hombre católico y debe tener fe en Dios, por lo consiguiente debe tener fe en los milagros, ¿o no cree? Sí, señor, sí creo. Pues entonces es usted un hombre de poca fe si no toma esto como un milagro y recoge el billete que le entrega aquí el señor. El joven sonrió complacido al oír tan sabias y contundentes palabras, tomó el billete, nos saludó, nos dio las gracias y entró nuevamente al santuario de seguro a dar gracias por el milagro concedido.

Al paso de los años, cuando recuerdo estos sencillos episodios, comprendo lo fácil que es ver menos tristeza en alguien y uno sentirse mejor y más feliz.

* Empresario, historiador y narrador. †

Tecnocultura

La IA no necesita tener una conciencia

Herles Velasco

Tuve la oportunidad de charlar con Roger Bartra, en la reciente edición de la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, sobre su más reciente libro, *Chamanes y robots*, en el que explica cómo los procesos, o efectos placebo, que aplican los chamanes o médicos a sus pacientes con la intención de curarles, es muy similar a lo que buscan implantar los ingenieros en las inteligencias artificiales; para Bartra, el robot debe experimentar además procesos de placer y dolor para generar algo parecido a una conciencia en las máquinas, no sólo los algoritmos complejos conseguirían tan anhelado fin; sin embargo, Bartra reconoce que los alcances de las nuevas tecnologías en la cotidianidad son relevantes, a pesar de que una verdadera conciencia parezca un sueño lejano.

El arte parecería una de las áreas más susceptibles a ser “tomada” por la tecnología, quizá porque subyace una subjetividad implícita, cierta maleabilidad en la composición y, hay que decirlo, también se juega a que el espectador no comprende la obra moderna, y en ese sentido se puede ser excesivamente críptico o abstracto. Hay también una aplicación sustancial en lo militar, el doctor Bartra, si bien es moderado respecto al futuro de las nuevas tecnologías, se suma, como la mayoría de los expertos, al problema latente de poner en las manos equivocadas (quizá no hay una “mano correcta”) la tecnología con potenciales de genocidio. Pero hay también peligros en campos menos obvios, aunque cada vez más evidentes: las noticias falsas. Justo en estos días, Facebook anunció que no vetará

las llamadas “fake news” políticas en sus servicios, esto después de que Google y Twitter adoptaran medidas para evitar que sus usuarios vieran anuncios políticos en sus plataformas, esto no quiere decir que los usuarios no recibirán el tuit de algún político si lo siguen, pero no aceptarán la compra de publicidad política.

Por otro lado, comienzan a proliferar Inteligencias Artificiales creadoras de contenidos, generadoras de noticias, en español llama la atención LEO, una startup española que es capaz de redactar notas con una precisión que harían a más de uno dudar si no lo escribió un experto en el tema. Le pongo un ejemplo de una nota generada por esta Inteligencia Artificial, juzgue usted: “El Real Madrid destroza con 3 goles al Atlético de Madrid, que dejó el marcador a 1 el pasado sábado. El Real Madrid comienza la jornada con 42 puntos y en la posición tercera; una buena oportunidad para alcanzar al Atlético de Madrid”. En otro polo, un tribunal chino acaba de determinar que un artículo escrito por un algoritmo de la empresa Tencent tiene la misma protección de derechos de autor que un texto escrito por una persona, en este caso una noticia financiera; por supuesto, podemos ir imaginando lo que esto puede implicar a la hora de demandar por la difusión de una noticia que afecte a un particular.

Es cierto, como dice el doctor Roger Bartra, no es tan sencillo alcanzar los niveles de conciencia en las máquinas que se han expresado en la literatura o el cine, por lo menos no parece ser algo que veremos en vida en esta generación; pero al parecer, tampoco lo necesitan tanto.

